

## LOPE DE VEGA Y JUAN ANTONIO DE VERA

Cuando el embajador español en la Serenísima República de Venecia difundió su póstumo homenaje a Lope de Vega, al inicio de la Cuaresma de 1636, cercaba con ello el largo camino que la amistad con el Fénix había ido en libertad trazando. La ciudad de las lagunas leía en tiempo luctuoso unas *Essequie* dirigidas por un misterioso Fabio Franchi al primer conde de la Roca, el embajador católico, que decían estar a él dedicadas en virtud de su estrecha relación con Lope, pero sobre todo por ser don Juan Antonio cabeza de una de las casas de superior nobleza en España, la patria del mayor genio posible, tal como este homenaje poético declaraba<sup>1</sup>.

Y como aludimos a un concluir o a un término será necesario, para operar como la historia ordena, volvernos al origen de aquella correspondencia, y mirar al Betis, al ir y venir de dos caballeros viajando de Sevilla hacia otros lugares, encontrar en aquélla a Lope y a Vera unidos por parejos estímulos, los poéticos, los que el amor dictaba, los que la amistad iba regalando.

Hemos de advertir, no obstante, que no nos preocupan las datas precisas (recordemos cuánto gustaba al poeta confundir los años y restárselos a su edad<sup>2</sup>), ni las discusiones hiladas sobre un perseguir las rúbricas de Lope para ir fijando con precisión sus asentamientos. Más nos interesa el origen de todo ello, ese su inquieto corretear de una a otra provincia española, consecuencia de un preciso temperamento y de un interés poético que buscaba tal vez agrupar en Madrid lo que habían sido hasta entonces separadas evoluciones literarias<sup>3</sup>. De ahí que evitemos extendernos en una posible infancia sevillana junto a su tío, don Miguel de Carpio, de aquel dudoso contacto con Sevilla en 1583 o de sus no menos inciertos viajes a la ciudad andaluza en 1598 y 1600<sup>4</sup>. Sabemos,

---

<sup>1</sup> *Essequie Poëtiche overo Lamento delle Muse Italiane in morte del signor Lope de Vega... Rime e Prose raccolte dal signor Fabio Franchi Perugino. Dediccate all'illustriss. & Excellentiss. Signor Don Gio. Antonio de Vera e Figueroa Conte de la Roca...* Venetia, Ghirardo Imberti, 1636, epístola nuncupatoria, s.f. V. Bruna Cinti, «Homenaje a Lope de Vega en la Venecia del seiscientos», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, mayo-junio n.º 162 (1962). Manejo la separata del artículo, pp. 1-6.

<sup>2</sup> Agustín González de Amezúa, *Opúsculos históricos-literarios*, Madrid, CSIC, 1951, t. II, p. 257.

<sup>3</sup> Antonio Prieto, *La poesía española del siglo XVI (Aquel valor que respetó el olvido)*, II, Madrid, Cátedra, 1987, p. 478.

<sup>4</sup> Cotéjense estos datos en Santiago Montoto, *Lope de Vega y Don Juan de Arguijo*, Sevilla, Imp. Arenal, 1935, pp. 7-13; Joaquín Entrambasaguas y Peña, *Vida de Lope de Vega*, Barcelona, La-

sí, que alguna vez, muy joven, Guadalquivir abajo, pasó por Sevilla necesitando el mar, el de Sanlúcar<sup>5</sup>.

Pero Lope siempre escribiendo de la vida, de la suya, intensa y fecunda, no podía ceñirse a sí mismo con egoísta exclusividad porque su darse generoso en tan vario y distinto amor, ese su desprendimiento conocido, le llevó a extender sus versos hacia los amigos y por ellos habló de sus amores y sus poesías, ganándole al olvido todas las batallas.

Y en Sevilla, a la que no sólo Camila Lucinda lo condujo (ya advertimos arriba la existencia de otros motivos poéticos), halló a un adolescente simpático y culto, entregado a sus amores y a su pluma, veinte años más joven que él, pero que entonces (sólo entonces) mucho se le asemejaba. Se llamaba don Juan de Vera, y a pesar de su corta edad era bien conocido en los círculos literarios del momento y escribía copiosos versos a Amarilis y a Tisbe y amaba intensamente la noche sevillana. Hacía algunos años que se había casado y era entonces, tal vez ya viudo a sus diecinueve años, padre de dos hijos<sup>6</sup>.

Un día cualquiera a comienzos del ese nuevo siglo que amanecía (entre 1600 y 1604, seguramente 1603) salió Lope de su casa, o de la de Mateo Alemán, en la colación de San Vicente<sup>7</sup> y se encaminó a la tertulia de Arguijo, tal vez solo, amparado por un anterior conocimiento del mecenas sevillano<sup>8</sup>, quizás acompañado por don Gaspar de Barrionuevo<sup>9</sup>, de cuyo esclavo Hametillo comprando avellanas a las hijas de Lope tan dulcemente hay memoria merced al genio del poeta<sup>10</sup>. En esa tertulia encontró al grupo de amigos

---

bor, 1936, pp. 157-164; Luis Astrana Marín, *Vida azarosa de Lope de Vega*, Barcelona, Ed. Juventud, 1941, pp. 148-156, y Dámaso Alonso, «Lope en Antequera», *Fénix*, II (1935), estudio recogido en *Del Siglo de oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, 1962, pp. 46-54, ver p. 49, n.º 9.

<sup>5</sup> Véase Américo Castro y Hugo Rennert, *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*. Adiciones de Fernando Lázaro Carreter, New York, Las Américas, 1968, p. 21. Aluden en este lugar al hermoso pasaje de *La Dorotea* en el que Fernando decide marchar a Sanlúcar para calmar su melancolía. V. Lope de Vega, *La Dorotea*, Madrid, Espasa Calpe, 1960 (3.ª ed.), acto IV, escena primera, pp. 147-148.

<sup>6</sup> V. Carmen Fernández-Daza Álvarez, *Juan Antonio de Vera, I conde de la Roca (1583-1658)*. Tesis doctoral leída el 8 de octubre de 1993 en la Univ. Complutense de Madrid, t. I, pp. 15-65.

<sup>7</sup> Sobre la polémica abierta en torno a la exacta llegada de Lope a Sevilla remito a la bibliografía citada en la nota 4. Véase también Américo Castro y Hugo Rennert, *op. cit. supra*, nota 5, pp. 103-105, 140-156.

<sup>8</sup> Santiago Montoto, *op. cit. supra*, nota 4, pp. 11-13, supone que Lope debió vivir en Sevilla en 1598 y entonces conocer a Arguijo. En esa fecha el Fénix mencionó al mecenas por vez primera.

<sup>9</sup> José María Asensio, *Don Juan de Arguijo*, Madrid, Gutenberg, 1883, p. 26, aseguraba que Lope fue presentado oficialmente en la tertulia de Arguijo por don Gaspar de Barrionuevo, «en cuya casa se hospedaba», en contra de la opinión general que lo cree viviendo junto a Mateo Alemán. Véase a este respecto Francisco Rodríguez Marín, «Lope de Vega y Camila Lucinda», en el *Boletín de la RAE*, Madrid, t. I (1914), III, p. 271, y anteriormente su *Discurso leído ante la Real Academia Española en 1907*, Madrid, 1907, p. 32.

<sup>10</sup> Véase la epístola «Al Contador Gaspar de Barrionuevo», en *Rimas Humanas*, II. Manejo la edición de Cayetano Rosell en la BAE, *Colección escogida de obras no dramáticas de Lope de Vega*, Madrid, Rivadeneyra, 1856, XXXVIII, p. 429.

de don Juan de Vera: a Rodrigo Caro y a Juan de Jáuregui, a Fernández de Andrada y a Alonso Tello, a Francisco de Rioja y Ortiz Melgarejo, al tercer duque de Alcalá, don Fernando de Ribera, tal vez a don Juan de España y a don Juan de Fonseca. Lo cierto es que todos aguardaban con entusiasmo la vivaz mirada de Lope, la de aquel ingenio de la corte –son palabras de Asensio– que dio brillo a las sesiones con la lectura de poesías, novelas y comedias<sup>11</sup>.

Y para tan ansiado recibimiento don Juan de Vera y Vargas escribió una poética bienvenida a Lope, que éste luego incluyó en los preliminares de *El Peregrino en su patria*, que con la aprobación de Arguijo se imprimió en Sevilla en 1604 dedicada al marqués de Priego. El soneto aludía a la estancia reciente del poeta en Toledo, y exponía la dicha actual por esa visita a un grupo poético del que «sólo en estilo quedaba peregrino», con lo que Vera venía a marcar la distancia existente entre la escuela herreriana y aquella lírica abierta a los tiempos nuevos, que Lope encarnaba. Y escribió:

*Cuando las Ninfas del Castalio Coro,  
Lope, oyeron tu plectro sonoro  
en el Tajo, a quien hizo más famoso  
tu dulce Musa que su arena de oro,  
Betis propuso a Apolo su decoro,  
su grandeza, sus partes, su dichoso  
nombre, su ser, su trato poderoso,  
su verde selva y desigual decoro.  
Lope me falta, dijo el Viejo, y luego  
sus Ninfas todas al Patrón divino  
piden lo mismo, que aceptó su ruego.  
Ya has llegado a su curso cristalino  
Peregrino en viaje y con sosiego  
sólo en estilo quedas Peregrino<sup>12</sup>.*

Muy pronto conoció Lope el carácter del joven y sus influencias. Era una mocedad la suya abierta, desenfadada, que le costaba la censura de algunos deudos por «sus loquerías y desmesurada vida» pero Lope la entendía bien, podía en ella mirarse a sí mismo años atrás. Era sin embargo una mocedad de fructíferas relaciones porque aquel muchacho se paseaba con soltura por el magnífico palacio del duque de Alcalá, era amigo de don Pedro Girón y asistía a las tertulias allí celebradas en las que había conocido a Francisco

<sup>11</sup> José María Asensio, *op. cit. supra*, nota 9, p. 26. De la relación de Juan Antonio de Vera con Lope dio noticia Joaquín Entrambasaguas en sus *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, CSIC, 1946-1958, 3 vols., v. I, pp. 465-468.

<sup>12</sup> Félix Lope de Vega, *El Peregrino en su patria*, Sevilla, Hidalgo, 1604, s.f. Cayetano Alberto de La Barrera y Leirado, en el *Cancionero de poetas varios de los siglos XVI y XVII*, recogió el conjunto lírico conservado de don Juan de Vera, ms. 127 de la biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Los datos biográficos allí esbozados fueron publicados por Antonio Rodríguez-Moñino, «Noticias biobibliográficas del Conde de la Roca», en la *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, t. IX (1935), pp. 18-31. El poema que transcribimos se halla en el citado ms., fol. 271.

Pacheco, el pintor, a quien le escribía versos rogándole fama inmortal para el retrato de su amada, de ojos oscuros y cabello de ébano, Amarilis<sup>13</sup>. Tenía este joven ilustres protectores, el duque de Medina Sidonia y el de Béjar, y a través de su suegro mantenía relaciones comerciales con el duque de Sessa<sup>14</sup>, de cuyo hijo, entonces conde de Cabra y futuro protector de Lope, era muy amigo.

Cervantes y Lope de Vega pronto supieron que don Juan de Vera podía ser el puente que los enlazara con algún caballero dispuesto a costear sus ediciones y para ello debían abrirse al extremeño, adulando sus versos y quién sabe si siendo compañeros en alguna correría sevillana<sup>15</sup>. Si Lope conocía la inmortalidad de su palabra, sabía la aristocracia que gracias al poeta podía ella compartir la postrer eternidad valiéndose de un jugoso mecenazgo. Las epístolas nuncupatorias que precedían el texto, dedicadas al protector, dejaban para siempre impreso el nombre de éste, lisonja difícil de eludir cuando el tiempo haría de la espada un valor que quizá no respetase el olvido.

Seguramente en la tertulia de Arguijo (ya lo dijimos) conoció Lope a Francisco Pacheco, el suegro de Velázquez, entregado siempre a su *Libro de retratos*. Hacía poco había decorado con un fresco el techo de la espléndida casa del mecenas (como lo hiciera con la del duque de Alcalá) y participaba con sus amigos en certámenes poéticos y contribuía con alguna pintura en los premios de las justas<sup>16</sup>. Huellas de la relación entre Pacheco y Vera son los poemas que don Juan le dirigió, uno de los cuales insertó en su *Arte de la Pintura*, impreso en Sevilla en 1649<sup>17</sup>. Pero ahora nos interesa quizás el menos

<sup>13</sup> Remito a nuestra tesis doctoral, *op. cit. supra*, nota 6, pp. citadas. Los poemas de Vera a esta Amarilis y a Pacheco, véanse en la B. N. de Madrid, ms. 3888, «Poesías españolas varias de los siglos XVII y XVIII», fols.129-132, 162-164; ms.3922 «Parnaso español de los siglos XVII y XVIII», fols. 45-53.

<sup>14</sup> Archivo Histórico Provincial de Sevilla. Protocolos, leg. 9337, of. 15, escribano Juan de Tordesillas. Testamento de Pedro de Mendoza, Sevilla, 18 de agosto de 1605.

<sup>15</sup> ¿Conocería Vera a Cervantes en Sevilla a través de duque de Béjar, protector del extremeño? (recordemos que Béjar costeó la primera parte de *El Quijote* en 1605). Lo cierto es que don Juan aparece mencionado en el *Viaje del Parnaso* (1614) como soldado y poeta. Manejo la edición de Madrid, CIAP, 1929, cap. II, p. 37. Cayetano Alberto de La Barrera y Leirado, *ms. cit. supra*, nota 12, fols. 297-299, creyó que era este poeta alguien distinto al extremeño, hecho absolutamente falso aunque bastante extendido por la crítica posterior a él. Juan de Vera y Vargas y Juan (Antonio) de Vera y Zúñiga (o Figueroa, o Sotomayor, o Acevedo...) son una misma persona, véase nuestra tesis doctoral, *cit. supra*, nota 6, pp. 51, 555, n.º 2, y la nota 43 del presente artículo.

<sup>16</sup> Véase el borrador de las bases y premios de unas justas que, organizadas por don Juan de Vera, tuvieron lugar en Sevilla el año de ¿1617? en el convento de las Dueñas en defensa de la Inmaculada Concepción, ms. B 2467 de la *Hispanic Society of America de Nueva York*, s.f. El vencedor por el mejor romance presentado recibió «una lámina de Pacheco muy bien guarnecida». El ms. fue reseñado por Antonio Rodríguez-Moñino y María Brey, *Catálogo de los Manuscritos Poéticos castellanos existentes en la Hispanic Society of America (siglos XV, XVI y XVII)*, New York, The Hispanic Society of America, 1965, I, pp. 480-481.

<sup>17</sup> Véase Francisco Pacheco, *Arte de la Pintura: su antigüedad y grandezas*. Manejo la edición de F. J. Sánchez Cantón, Madrid, Instituto Valencia de San Juan, 1956, t. I., cap. V., pp. 87-88.

conocido de todos ellos, en cuanto reafirma la idea de Prieto, en su entendimiento de *libro* como sinónimo de vida y como tal abierto a crecer y continuar mientras se prolongase la de Pacheco<sup>18</sup>. Hablamos del poema que Vera compuso a sus dos amigos, a Lope y al pintor.

Las octavas de Vera en alabanza del retrato del Fénix realizado por Pacheco dan razón a lo supuesto por Asensio, el que los anónimos del pintor que el *Libro* contiene (entre los que se halla Lope, y quizás Quevedo) así aparecen en cuanto eran personajes vivos mientras él los dibujaba y evidentemente no podían llevar epitafios<sup>19</sup>. El poema de Vera fue impreso en el prólogo que escribió Pacheco a la *Jerusalén Conquistada* de Lope de Vega, en cuya edición se incluyó un dibujo de aquél pero indicando que no era ese el que él había trazado para su *Libro de retratos*<sup>20</sup>. Los colores rojo y negro habitualmente utilizados por Pacheco son de este modo alabados por Vera:

*Los que el original no habéis gozado  
gozad del fiel traslado los despojos:  
dad gracias por tal bien a vuestros ojos  
y a Pacheco las dad por tal traslado.  
Será el uno y el otro celebrado  
del Negro adusto a los Flamencos rojos,  
causando ambas noticias igual gusto  
desde el rojo Flamenco al Negro adusto.*

Y a esos amigos, que tan bien lo acogieron a orillas del Betis, que no escucharon las censuras de Ochoa y sus seguidores, que hicieron caso omiso a los insultos contra él proferidos por Alonso Álvarez Soria, los recordó siempre, en sus versos, cuando se ausentó de Sevilla pasado aquel 1604. Recordó a Arguijo, a quien en ese mencionado año había dedicado sus *Rimas*, y tal vez supiera, pasado el tiempo, que cuando aquel acaudalado personaje sevillano, solo y desengañado, arruinado por sus tertulias, fiestas y mecenazgos, se distraía con facecias, no le faltó la compañía de don Juan de Vera quien lo visitaba en compañía de los hermanos Alcázar<sup>21</sup>.

Decíamos que el Fénix escribió de sus amigos, de los amores e inquietudes de éstos, y entre ellos estaba desde luego Juan de Vera. En el *Jardín de Lope*

Hemosde advertir que en esta obra no se reprodujo el poema completo, que puede leerse en su totalidad en los mss. citados en la nota 13.

<sup>18</sup> Antonio Prieto, *op. cit. supra* nota 3, p. 473.

<sup>19</sup> José María Asensio, *Francisco de Pacheco. Sus obras artísticas y literarias. Introducción e historia del «Libro de verdaderos retratos de Ilustres y Memorables Varones» que dejó inédito*, Sevilla, Rasco, 1886, véase en la p. 77 la referencia a don Juan.

<sup>20</sup> Félix Lope de Vega, *Ierusalén Conquistada*. Manejo la primera edición en Madrid, Juan de la Cuesta, 1609, s.f. V.; también Francisco Pacheco, *El Libro de Francisco Pacheco*, Sevilla, Imprenta Gironés y Orduña, 1883.

<sup>21</sup> Véase *ms. cit. supra*, nota 16, s.f., carta de «don Gaspar» (que no es Olivares) a Juan Antonio de Vera, s.a.

de Vega, en la *epístola a Francisco de Rioja*, imaginando sus «horas del estudio solas» en Sevilla, las de ese «Claro Febo andaluz»; se volvió hasta el amor del amigo, hacia esa dama desdeñosa que ocupaba la mente de don Juan de Vera y que había saltado al *Jardín* de Lope quien hacía de la literatura (de la vida) el presente de su *locus amoenus*. Escribió:

*Y Dafnes ya de su desden excusa,  
El mármol pario de don Juan de Vera  
Enamorada, coronó difusa*<sup>22</sup>.

Quizás escribía a Rioja de Vera intencionadamente porque entre ellos la amistad había crecido, se había agigantado en el ejercicio literario, porque en el círculo de amigos entregados al quehacer lírico, junto a Juan de Fonseca (al que Lope también menciona en su *Jardín*), junto a Rioja y a Andrés Fernández de Andrada, despuntaron otros dos poetas hoy más olvidados: don Juan de Vera y don Alonso Tello<sup>23</sup>. De ahí que no crea casual el hecho de que muchas de las composiciones líricas del primero estuviesen en el ms. 3888 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que contiene la colección de poesías de Rioja, y que algunas de esas piezas de Juan de Vera estuviesen corregidas por el andaluz a quien Lope dirigía su epístola, como tampoco es azar el que otras veces hallemos la letra del amanuense de Fonseca<sup>24</sup>. Pruebas son de la ligazón existente entre todos ellos, amigos que conocían el amor de don Juan de Vera y su vivirlo en la literatura, como, insuperable, el mismo Lope practicaba.

Por todo ello el Fénix, una vez que estuvo lejos de Sevilla, en amor lo guardaba en la memoria inmerso dentro del grupo poético hispalense, y por su pluma sabemos hoy que la Tisbe del extremeño (y con ello me uno a la opinión de La Barrera), la Tisbe de la *Fábula* mitológica de don Juan de Vera, fue una mujer real que habitaba a orillas del Betis, sabemos que el poema

<sup>22</sup> Manejo la edición de Cayetano Rosell, *op. cit. supra*, nota 10, p. 424.

<sup>23</sup> Don Alonso Tello, cuñado de don Juan de Vera y muy amigo de Andrés Fernández de Andrada (quien le dirigió la famosa *Epístola Moral*), mereció la atención de Dámaso Alonso en diversos estudios, siendo el primero su célebre discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, publicado en Madrid, 1959, con el título «*El Fabio*» de la *Epístola Moral de Andrés Fernández de Andrada: su cara y cruz en Méjico y en España*, contenido en *Dos españoles del siglo de Oro...* Madrid, Gredos, 1960. Cf. *Obras Completas*, Madrid, Gredos, 1974, III, pp. 59-77. La única mención de la labor poética de Tello la encontramos en el *Panegírico por la Poesía* de fray Fernando de Vera, su sobrino (Montilla, Manuel de Payva, 1627, fol. 54).

<sup>24</sup> Francisco de Rioja, *Poesías de don... corregidas... con la biografía y bibliografía de don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado*, Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, Rivadeneyra, 1867. En las pp. 137-151 se encuentra la detallada descripción del ms. 3888 (ant. M-82), en el que se hallan los autógrafos de Vera corregidos por Fonseca y Rioja. Ocho sonetos de este último, que están en el citado ms. y no se publicaron en esta edición, fueron luego impresos por Cayetano Alberto de La Barrera en sus *Adiciones a las poesías de don Francisco de Rioja...*, Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1872.

escrito por el futuro conde de la Roca se trató de un desahogo autobiográfico<sup>25</sup>.

Lope abandonó Sevilla en 1604 pero –decíamos– esa ciudad donde tanta dicha había sentido, donde bautizó a su hijo Félix y entabló estrechas relaciones, donde el buen Arguijo costeó sus *Rimas*, volvió a su mente y recordó a Vera, amigo entre los amigos ligados por un idéntico ánimo lírico a orillas del Guadalquivir, en los versos de su *Jerusalén Conquistada*. En el libro decimonono, y una vez que ha recordado uno a uno los nombres que formaban la castellana armada, miró a los ausentes durante siete años (la *Jerusalén* se publicó en 1609) y los llamó por sus nombres, a esos moradores del Betis que un día con calor le recibieron, y escribió:

*Pues en la patria estoy, y a los amigos  
Bien será ver al cabo de siete años  
Que por el Asia voy entre enemigos  
Peregrino de propios, no de extraños:  
De mis trabajos queden por testigos  
Estos intempestivos desengaños  
Que sobre mi cabeza, llueve el Cielo,  
Pues arde el corazón entre su yelo.*

*Aquel cuya virtud jamás vencida  
En la persecución acrisolada,  
Mostró tantos quilates en la vida,  
Que la piedra dexó toda dorada:  
Aquel más excelente en la caída,  
Que estuvo en la fortuna levantada,  
Si no es don Juan de Arguijo Sevillano  
Es la misma virtud en velo humano (...)  
Partid jurisdicción famosos ríos,  
Betis en blando son por la arboleda.  
Lobo resuena en sus cristales fríos,  
Y el Tajo en alta voz, dulce Tejada;  
Don Juan de Vera escriba en los sombríos  
sauzes de amor tan tierno que se exceda<sup>26</sup>.*

Pero Lope, que tanto conocía las debilidades de don Juan de Vera, no sólo rememoró al amigo enamorado en la cuenca del Guadalquivir y en ese mismo libro decimonono de la *Jerusalén* alabó al antiguo contertulio del modo que más podía agradarle, con la genealogía, y retrató en el siglo XII al «estremeño Fernán Ruy de Vera» como un «rayo de la Turca secta/ que con tantas haçañas celebradas/ la antigua fama ha vuelto primavera». Allí estaban los Vera, en las

<sup>25</sup> B. Nacional de Madrid, ms. 3922, *cit. supra*, fols. 10-20, «Fábula de Píramo y Tisbe». José María de Cossío recordó el poema en sus *Fábulas mitológicas en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1952, pp. 393-396.

<sup>26</sup> Lope de Vega, *Jerusalén Conquistada*, *op. cit. supra*, nota 20, fols. 495-496.

Cruzadas medievales. Él contribuía con lo verosímil de la épica a la fantasía genealógica de don Juan, quien ya entonces había inaugurado su empeño por salvar con falsedades la supuesta injusticia que el silencio de la historia oficial había cometido con una alta familia emeritense, la suya.

Y de Sevilla a Toledo y de Toledo a Madrid. En la corte, en 1605, Lope conoció a su mecenas, don Luis Fernández de Córdoba y Cardona, duque de Sessa, y en aquellos años Lope, Sessa y Vera mantuvieron un estrecho contacto epistolar, favorecido por las visitas que con cierta frecuencia don Juan de Vera realizaba a Toledo y a Madrid, y en tanta estima parecía tenerlo Lope que si la llegada del extremeño no era conocida por el poeta, no faltaban las recriminaciones de éste al duque por no haberle avisado del feliz acontecimiento: «Aquí está don Juan de Vera y ¡V.E. no me lo ha dicho!»<sup>27</sup>.

Por su parte, Lope, en las cartas que por mandato del duque escribía a don Juan, introducía, espontáneo, alabanzas, alusiones y muestras de afecto al futuro conde de la Roca, el receptor epistolar. A través de Sessa recibió el poeta la *Fábula de Píramo y Tisbe* que el amigo había compuesto para una dama de Sevilla. El duque no necesitaba de dotes poéticas para sus aventuras: él se jactaba ante sus amadas con los versos escritos por su secretario. ¡Injusto Sessa de cuya memoria sólo parece restar el egoísmo y la mezquindad a pesar de haber sido el único que protegió siempre al poeta!<sup>28</sup>.

En 1618 Lope publicaba una comedia escrita en 1603, *Los esclavos libres*, que iba dirigida con un extenso prólogo a don Juan de Vera. Por aquel entonces el futuro conde de la Roca ya era caballero de Santiago, comendador de la Barra en la misma Orden y hacía gestiones para la obtención de un título de Castilla. Además su fama había crecido en los círculos literarios del momento porque el manuscrito de *El Embaxador* corría en 1618 por España y Flandes y era alabado por los cultos. Fueron esos años últimos en Sevilla (don Juan vivió allí entre ¿1597 o 1598?-1621), pleno de amor, elogiado por su producción escrita, rico y con ambiciones que comenzaban a cumplirse, los más dichosos en la vida del caballero extremeño.

Lope cubrió de alabanzas a la *Fábula* en términos que hoy no dejan de parecernos excesivos si no reparásemos en las influencias que aquel joven que conoció en Sevilla atesoraba en ese momento, unas influencias que muy beneficiosas podrían serle al poeta en un futuro. En el prólogo de la mencionada comedia le decía:

<sup>27</sup> Agustín González de Amezúa, *Lope de Vega en sus cartas. Introducción al Epistolario de Lope de Vega Carpio*, Madrid, RAE, 1940, v. II, pp. 93-94. A estos dos volúmenes (el primero publicado en 1935) siguió la edición del *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, Madrid, 1941 y 1943, Véase t. IV, pp. 247, 294, 310-311. Ver, además, la biografía del VI duque de Sessa (1582-1642) en Francisco Fernández de Bethencourt, *Historia Genealógica y Heráldica...*, Madrid, 1907, t. VII, pp. 120 y ss.

<sup>28</sup> Joaquín Entrambasaguas, *op. cit.*, *supra* nota 11, I (1946), pp. 44-47.



«*La Fábula de Píramo y de Tisbe me envió con una carta el Excelentísimo Señor Duque de Sessa, escrita del ingenio de V.M., con tan elegantes versos y figuras poéticas que cuando no hubiera conocido por otras la hermosura, variedad y fertilidad de su entendimiento por ésta sola la estimara*».

Luego añadía:

«*Espero los discursos del libro que V.M. llama El Embajador, materia no emprendida de ingenios en ninguna de las lenguas clásicas, o a lo menos que haya llegado a mis ojos y digno sujeto del claro conocimiento que V.M. tiene...*»<sup>29</sup>.

Y a la dama de esa *Fábula* de la que era don Juan «la mitad del argumento» dedicó Lope *El laberinto de Creta*, escrita al parecer en 1616 pero que publicó en la Parte XVI de sus comedias en el año de 1621. En ese mismo volumen otra pieza dramática iba dirigida por entero a Juan de Vera, *La Felisarda*, en cuyo prólogo elogiaba aquel libro «doctísimo y provechoso» que era *El Embaxador*<sup>30</sup>.

Lope, que alguna vez se quejó del poco agradecimiento que los nobles hacían a sus dedicatorias, tal vez hallase en don Juan, además del amigo, el apoyo pecuniario que salvase cualquiera de sus muchas penalidades económicas porque, a pesar de la conocida avaricia de Vera, sabemos que no escatimaba *dineros* (ni él, ni tampoco su tío don Fernando, obispo de Bujía) cuando éstos iban destinados al pago de historiadores o genealogistas que con ciertas fantasías editoriales daban brillo secular a su familia y, por qué no, de poetas que elogiaban su obra, sus versos. Sabía además Lope que la ambición de don Juan iba creciendo y que algún día abandonaría el Betis para buscar en la corte las luces del poder. Era éste el consejo de muchos de sus deudos, que le alentaban para que aprovechase todas sus cualidades en el empeño de ser uno de los mejores ministros de España<sup>31</sup>.

Y Vera en ocasiones, desde su atalaya sevillana, se valía de los viajes a la corte de alguno de sus amigos para que entregasen en mano sus cartas al Fénix, a quien, merced a una epístola, imaginamos trabajando en el jardín de su casa, en la calle Francos, con flores y un naranjo, con dos parras y «dos muchachos ruisiñores», ocupado y sin querer dar audiencia a nadie, con las Hermanas Musas. Don Luis de Villabona, en mayo de 1619 escribía a don Juan diciéndole:

<sup>29</sup> Lope de Vega, *Los esclavos libres*. Cito por la edición de Emilio Cotarelo y Mori, *Obras de Lope de Vega*, t. V, Madrid, RAE, 1918, p. 397.

<sup>30</sup> Lope de Vega, *La Felisarda*, en *Obras*, *cit. supra*, nota 29, p. 511. Véase en la misma colección t. VI, pp. XLVI-LI y p. 109, la dedicatoria de *El laberinto de Creta* «a la señora Tisbe Fénix en Sevilla». Es sabido que *El Embaxador* se publicó en Sevilla, Francisco de Lyra, 1620. Otros elogios de Lope y Sessa al diálogo de Vera véanse en las cartas con fechas de Madrid, junio de 1619; Madrid, mayo-junio de 1620; Madrid, noviembre-diciembre de 1620, *op. cit. supra*, nota 27, t. IV, pp. 246, 294, 310.

<sup>31</sup> Carta de don Bernardo de Chirino y Loaisa a don Juan Antonio de Vera, Madrid, 4 de agosto de 1620, ms. *cit. supra*, nota 16, s.f.

«A Lope le dejé la carta en su casa y ocupado con las Hermanas Musas (así hablan los cultos) no me quiso dar audiencia. Por la respuesta he enviado y si la hace a tiempo iré y yo haré que a V.M. la manden personalmente»<sup>32</sup>.

¿Sería ésta la carta que publicó Asensio y cuya respuesta halló Homero Serís en Nueva York?

Don José María en su conocido estudio sobre Arguijo reproducía una reunión celebrada un día del mes de mayo de 1619 en casa Antonio Ortiz Melgarejo, caballero que frecuentaba también la Academia –son palabras de Asensio– *docta y numerosa, lucidísima*, que había formado en su palacio don Juan Antonio de Vera<sup>33</sup>. Aquel día de mayo se dieron cita el pintor Francisco Pacheco, Juan Martínez Montañés, el escultor, Juan de Jáuregui, Juan de Arguijo, Sebastián de Olivares, Francisco Torres Manzuela, Luis Antonio de Figueroa, Juan Esquivel Medina y los emeritenses Juan Antonio y Fernando de Vera<sup>34</sup>, entre otros.

En esta reunión dialogaron los contertulios sobre el estado de los teatros de Sevilla y de las compañías que en ella representaban y pasaron a elogiar la actividad de Lope, concretamente la comedia *Querer la propia desdicha*, que entonces se había representado en la ciudad y no hacía mucho se había estrenado en Madrid. Finalmente acordaron escribir una carta a Lope rogándole que compusiese muchas comedias para que fuesen llevadas a escena en Sevilla. Esa epístola se redactó el día 21 de mayo de 1619 e iba encabezada por Juan Antonio de Vera y Zúñiga.

En 1963 Homero Serís publicó la contestación del Fénix a tan cariñosa prueba de afecto de sus amigos sevillanos<sup>35</sup>. No obstante, Rodríguez Moñino dudó de su autenticidad<sup>36</sup>. ¿Por qué lo haría? Sin haber visto el original, que no ha de existir, ya que la Hispanic Society sólo conserva una copia hecha por

<sup>32</sup> Carta de don Luis de Villabona y Campuzano a don J. de Vera, Madrid, 28 de mayo de 1619, ms. *cit. supra*, nota 16, s.f. Con seguridad era este caballero oriundo de Cuenca y hermano del oidor de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada en 1620. Así aparece en el libro S<sup>o</sup> 58 (*Memoria de los Colegiales...*), fol. 144, del Archivo Histórico de la Universidad de Sevilla.

<sup>33</sup> José María Asensio, *op. cit. supra*, nota 9, pp. 52-58.

<sup>34</sup> Don José María Asensio aseguró haber copiado la carta desde su original. No obstante resulta extraño que en ella se encuentre la firma de don Fernando de Vera y Acevedo, hermano de don Juan Antonio. Aunque este caballero vivió temporadas en Sevilla, por aquel entonces estaba en Italia junto al III duque de Feria (allí lo hallamos en 1618 y 1620, ms. *cit. supra*, nota 16, s.f. Cartas del duque de Feria a don Juan A. de Vera, Milán, 2 de septiembre de 1618 y 2 de julio de 1620) ¿Regresaría a España con licencia temporal en 1619?

<sup>35</sup> Homero Serís, «Lope de Vega y los sevillanos. Una carta inédita del Fénix», en *Bulletin Hispanique*, t. LXV, n.º 1-2, enero-junio (1963), pp. 21-34. La carta de Lope puede leerse en la p. 23. Fue publicada también íntegramente por Fernando Lázaro Carreter en las *Adiciones a la op. cit. supra*, nota 5, p. 551, n. 332.

<sup>36</sup> Antonio Rodríguez-Moñino y María Brey, *op. cit. supra*, nota 16, t. III (1966), *Índices de obras en prosa*, p. 517. Ver también t. I (1965), pp. 188-189.

Fernando de Ávila y Sotomayor, tal vez la estrechez del tiempo que mediaba entre la enviada por Vera y la contestación de Lope, que está fechada el 28 de mayo de 1619, provocó su extrañeza. Acaso fue la data un error del copista pero tal vez Moñino, que conocía certeramente las dotes de falsificación del extremeño, suponemos, pudo considerar aquella epístola hija de sus debilidades.

Si la fecha de la carta no es una confusión de don Fernando de Ávila (téngase en cuenta que al menos eran ocho los días empleados en el viaje de Madrid a Sevilla) creemos más sabia la duda de Moñino que la seguridad de Serís.

Pasados dos años, en 1621, don Juan de Vera marchó a la corte y entró en el tejido del poder. Fue gentilhomme de Boca y junto a Francisco de Quevedo y Antonio Hurtado de Mendoza formó parte del aparato de propaganda política de Olivares, ese antiguo contertulio sevillano, inteligente y ambicioso, que se había hecho con el valimiento y que entonces lo protegía no sabemos en virtud a «qué deuda imaginada»<sup>37</sup>. Lope, a pesar de sus muchos intentos, de sus epístolas laudatorias al conde duque, a su mujer e hija, no consiguió penetrar en los salones de palacio. Tras él estaba la sombra de Sessa que no cambió de partido como lo hiciera en su momento don Juan, aunque el poeta tanto se lo había aconsejado<sup>38</sup>.

Lope, mientras Olivares se afanaba por acabar con la licencia sexual en la corte mediante su Junta de Reforma de Costumbres, vivía la intensidad del amor con Marta de Nevaes y aquella relación era objeto de las burlas de sus enemigos, Alarcón y Góngora, que de alguna manera sí habían triunfado en palacio<sup>39</sup>, en el que ahora con bastante libertad se movía don Juan de Vera.

En 1625 se imprimía la Parte XX de las comedias de Lope de Vega y una de ellas, *La ventura sin buscalla*, iba dedicada con una carta-prólogo a doña María de Vera, señora de Sierrabrava, segunda mujer de don Juan desde 1623. El rostro de las cosas había cambiado mucho y aquel joven que conociera en Sevilla no era sólo el puente que un día atravesó Lope para hilar otras relaciones. Ahora él estaba inmerso en las aguas del poder y tenía una amplia riqueza y ambiciones. Vera se hallaba lejos de la corte cumpliendo una embajada extraordinaria en Saboya y con este pretexto, el querer entretener a

<sup>37</sup> Gareth H. Davies, «Una carta inédita de Antonio Hurtado de Mendoza al Conde Duque», en *Hispania* (1959), p. 86.

<sup>38</sup> Gregorio Marañón, *El Conde Duque de Olivares (La pasión de mandar)*. Manejo la impresión de Madrid, Espasa Calpe, 1980 (7.<sup>a</sup> ed.), p. 150.

<sup>39</sup> Las mercedes que Góngora recibió de Olivares fueron esbozadas por Gregorio Marañón, *op. cit. supra*, nota 38, p. 152. Respecto a Ruiz de Alarcón, convencido olivariata, véase Willard F. King, *Juan Ruiz de Alarcón. Letrado y dramaturgo. Su mundo mexicano y español*, México, Colegio de México, 1989, pp. 172-173.

doña María en tan difícil ausencia, le entregaba su «ventura», recordándole que ya antes, en *La Felisarda*, había pronosticado la carrera diplomática del marido. ¡Ahí está ese Lope vertiéndose, volcando su vida, incluso en una dedicatoria tal vez interesada!:

*«Si pudiera ser entretenimiento para V.S., en la ausencia del señor don Juan Antonio de Vera este libro, Parte veinte de mis comedias, quedárame por consuelo a mí del tiempo que no he de ver a sus señoría, y del buen empleo del que gasté en estamparle; y ésta que he dedicado a su ilustre nombre tuviera tanta dicha en el efecto, como en el atrevimiento disculpa.*

*Pronóstico fue mío (que Amor es el astrólogo más cierto, y a quien ninguna ley prohíbe sus juicios) que había de poner en práctica la teórica de su Embajador, que quien persuadía con tan vivas razones la inteligencia y autoridad de su oficio, inclinaría el ánimo de Su Majestad a servirse de tal entendimiento en la ejecución, como lo ha probado con evidencia esta embajada a Saboya.*

*En todas las Repúblicas del mundo (igual decoro y utilidad que sus mayores cónsules) se eligieron siempre los hombres de mayor valor, entendimiento y letras para estos cargos: testigos, Grecia y Roma, de quien en el mismo libro se hallarán tantos ejemplos que me excusan con V.S. de ajustar los méritos del señor don Juan a lo que él mismo escribe; pues hablando con su prima con sangre y con su mujer por elección, fácilmente me concederá que se retrató a sí mismo. Aquí bien pudiera yo atreverme a mayor juicio, viéndome tan acertado en el primero; pero no quiero dar a V.S. sospechas de ausencia por aumentos de dignidades, que Amor no los admite, si ha de perder la vista, que como por los ojos de lo que ama, por ausente se llama ciego entre las almas nobles. El título desta comedia es La ventura sin buscalla; pues no me viene bien a mí, que la he buscado, sea este nombre de V.S. a quien dio el cielo tantos dotes naturales y dentro de su sangre a su mismo dueño. Dios guarde a V.S. como deseo...»<sup>40</sup>.*

En aquel tiempo Lope trabajaba en su *Laurel de Apolo*, que no finalizó hasta 1629. En él, dechado autobiográfico, descubrimos literatos muy entrañablemente ensalzados, los que mantuvieron con el Fénix vínculos de amistad: Jáuregui, Espinel, Antonio Hurtado de Mendoza y Juan Antonio de Vera. Hallamos igualmente otras omisiones, difíciles de justificar, que escapan a estas páginas. En la obra también cabían vivencias íntimas, la presencia de Marta de Nevares, el recuerdo de su padre, el abandono económico...

Jáuregui en 1627 hacía pública la carencia material de Lope<sup>41</sup> y don Juan de Vera, entonces recién llegado de su embajada saboyana, tal vez ayudase al amigo para menguar su escasez. Quizá de ello surgiera el generoso recuerdo de Lope en el *Laurel*, que era a su vez, casualmente, la despedida del amigo, a quien no volvería a ver. El extremeño partía en ese 1630 rumbo a Italia para desempeñar una misión diplomática extraordinaria junto a Victor Amadeo y

<sup>40</sup> Lope de Vega, *La ventura sin buscalla*. Manejo la edición de Federico Ruiz de Morcuende en *Obras de Lope de Vega*, Madrid, RAE, 1930, t. X.

<sup>41</sup> Apud. Américo Castro y Hugo Rennert, *op. cit. supra*, nota 5, pp. 288-289.

otra ordinaria en la Serenísimá República. Lope, en unos versos escritos o retocados después de 1628, le hablaba al que a la sazón ya era conde de la Roca diciéndole:

*Mas ya Mérida, siempre ilustre  
las dulces Hipócrénides provoca  
para que eternamente las ilustre  
el Conde de la Roca.  
Roca en el mar fundada,  
del viento y de las olas respetada  
si la envidia permite competencia  
su nobleza, virtud, ingenio y ciencia  
porque cualquier rasgo de su pluma  
será rayo mortal que la consuma.  
Y siempre el nombre de don Juan de Vera,  
inmortal del Parnaso primavera  
Persil, Temple, Pangeo  
y florífero Hibleo  
o cante historias o lamente amores,  
será su vera anticipada en flores<sup>42</sup>.*

Es el último testimonio que hallamos de esta relación hasta la muerte del poeta en 1635. Sin embargo, además de amistad y mecenazgo, hubo un aspecto que no debemos eludir al hablar de ambos: Vera fue un convencido lopista, un partido literario que poco, a mi entender, tenía que ver con la amistad. Parece que don Juan entendió pronto que ante él se erguía un genio indiscutible.

Aunque el más claro testigo de lo expuesto lo hallamos en su homenaje al fallecido Lope de Vega, recordemos que en 1632 el conde de la Roca publicaba en Milán *El Fernando o Sevilla Restaurada*, trasunto de la *Gerusalemme liberata* de Torquato Tasso. En el prólogo defendía la elección de una forma métrica que ya había utilizado en su mocedad y de la que tenemos una muestra en la *Primera parte de las Flores de Poetas ilustres* de Espinosa, la redondilla<sup>43</sup>. Haciendo

<sup>42</sup> Lope de Vega, *Laurel de Apolo*. Cito por la edición de Cayetano Rosell, *op. cit. supra*, nota 10, p. 196. Fue también consultada la de Madrid, Iuan González, 1630, silva II, fol. 15.

<sup>43</sup> Pedro de Espinosa, *Primera Parte de las Flores de Poetas Ilustres de España, ordenada por... natural de la ciudad de Antequera*, Valladolid, Luis Sánchez, 1605, fols. 73 vto.-74 r, «Mi señora, assi yo viva». De esta edición hay una impresión reciente en facsímil con prólogo de Alonso Zamora Vicente. Madrid, RAE, 1991. Existe otra dirigida y anotada (pero no facsímil) por J. Quirós de los Ríos y Francisco Rodríguez Marín en Sevilla, Rasco, 1896, ver pp. 115-116. No obstante en ella nada apuntan sobre don Juan de Vera y Vargas. Hemos de insistir en el error que cometieron numerosos autores al creer que era este poeta alguien distinto al extremeño: Cayetano Alberto de La Barrera y Leirado (*op. cit. supra*, nota 12, fols. 297-299); Nicolás Díaz y Pérez, *Diccionario histórico, biográfico, crítico... de extremeños ilustres*, Madrid, 1884, II, p. 465; Francisco Rodríguez Marín, *Nuevos datos para las biografías de cien escritores de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1923, pp. 419-420; Homero Serís, *op. cit. supra*, nota 35, pp. 21-34; Fernando Lázaro Carreter en las *Adiciones* a la obra de A. Castro y H. Rennert, *op. cit. supra*, nota 5, p. 551, n. 334.

suyas las palabras de Lope en el *Isidro*, que repetirá Pacheco en los preliminares de la *Jerusalén Conquistada*, decía haber elegido aquel metro por estimar «las coplas castellanas capaces de cantar toda obra Heroica»<sup>44</sup>. Recordemos que el pintor, parafraseando a Lope en 1608, había referido que «eran los versos castellanos (...) capaces de cantar toda heroyca materia», un Lope que se había preguntado «¿qué cosa iguala a una redondilla de Garci Sánchez o de Diego Hurtado de Mendoza?»<sup>45</sup>.

Eran estas declaraciones, aunque muy fieles al sentir de Lope, el filo de una polémica que había surgido mucho tiempo atrás y que nos llevaría hasta Castillejo y su *Repreñión contra los poetas que escriben en verso italiano* en la que prodigaba cumplidas alabanzas a Juan de Mena, Jorge Manrique, Garci Sánchez... poetas admirados por don Juan de Vera. Lope, en esta línea, abogando por el metro español, quería marcar una oposición a las oscuridades que tanto practicarán y gustarán Góngora y sus seguidores, como López de Zárate, de quien un amigo de Roca le comentaba que parecía escribir en lengua particular, que no era castellano<sup>46</sup>.

Pero decíamos que estas bien aprendidas lecciones lopescas, su adhesión al *Discurso sobre la nueva poesía* y al *Arte Nuevo*, se hallan claramente reflejadas en las *Essequie Poetique* y con ellas volvemos al punto de partida en nuestra historia.

El embajador católico en Venecia, con el seudónimo de Fabio Franchi, imprimía en esa ciudad, con los tipos de Ghirardo Imberti, un homenaje poético a Lope de Vega en participación con otros literatos de segunda fila procedentes de algunas academias poéticas italianas, como la de los *Incogniti*<sup>47</sup>. Corría el año de 1636.

<sup>44</sup> Juan Antonio de Vera y Figueroa, *El Fernando o Sevilla restaurada...*, Milán, Henrico Estefano, 1632, preliminares s.f.

<sup>45</sup> Lope de Vega, *El Isidro. Poema Castellano*. Manejo la edición facsímil desde la de 1599, Madrid, Inst. San Isidro, 1935.

<sup>46</sup> Carta de don Francisco de Ibarra a don Juan de Vera. Gante, 17 de septiembre de 1618, s.f., ms. cit. *supra*, nota 16. De este personaje hasta el momento sólo se conocía el inteligente y cuidadoso esbozo biográfico realizado por Alfred Morel-Fatio en la introducción escrita para la edición de la única obra de Ibarra. Véase Alfred Morel-Fatio, «Relation des campagnes du Bas Palatinat en 1620 et 1621 par don Francisco de Ibarra», en *L'Espagne au XVI et XVII<sup>e</sup> siècle. Documents Historiques et Littéraires*, Heilbronn, Henninger frères, 1878, pp. 315-488. Véase también Carmen Fernández-Daza, «Correspondencia inédita de don Francisco de Ibarra, un capitán español destinado en Flandes, autor de la *Relación de las Campañas de la Guerra del Bajo Palatinado en 1620 y 1621*» (en prensa).

<sup>47</sup> Véase Wido Hempel, «In onor della Fenice Ibera. Uber die Essequie Poetiche di Lope de Vega Venedig 1636, nebst einer Kommentierten Ausgabe der Orazione del Cavalier Marino und Des Raguaglio di Parnaso», en *Analecta Romanica*, Heft (13), 1964. Hempel identificó a un grupo considerable de los muchos poetas que participaron en el homenaje; sin embargo no fue Alessio Pulci, como él quería, el colaborador de Vera en la compilación de la obra, y en absoluto puede identificarse a Fabio Franchi con Pulci. Sabemos que el seudónimo lo imaginó el conde de la

En esta obra, que nacía paralela a la de Montalbán, no influida por ella, nos detendremos sólo en tres composiciones, ya que a causa de su complejidad y sus muchas implicaciones (políticas, editoriales, genealógicas...) el entendimiento absoluto del homenaje no tiene cabida en estas páginas. Evidentemente las tres piezas en prosa mencionadas fueron escritas por el conde de la Roca: la epístola nuncupatoria, la *Oratione* de Marino y el *Raguaglio* di Parnaso.

En la carta-prólogo dirigida al embajador español, Fabio Franchi (Juan A. de Vera) no tuvo pudor en hacer a Lope de Vega autor dos obras que versaban sobre la familia emeritense: una comedia y un poema épico. Lope, que se había quejado en vida de tantas falsas atribuciones, ya no tenía voz para corregir los excesos de su amigo.

La comedia, *El desprecio de lo más*<sup>48</sup>, de la cual se reprodujo un fragmento en las *Essequie*, quizás fuera producto de la pluma de Vera y quién sabe si ideada para su representación en cualquier teatro de la Serenísima. La obra épica que proyectaba Lope antes de morir era, según la fantasía del extremeño, una especie de trasunto de la Jerusalén. Esa inexistente *Granada conquistada* tenía la intención de ensalzar al quinto abuelo del conde de la Roca, el comendador don Juan de Vera.

Pero más interesantes que estas desviaciones de su necesidad de fabular nos parecen la *Oratione* y el *Raguaglio*, que tenían además la función de conceder unidad a la compilación. El segundo texto era una contestación hecha por algunos autores de teatro españoles al discurso anterior de Marino, un Marino que aludía a la famosa polémica sobre los plagios a la obra de Lope que supuestamente él había cometido<sup>49</sup>.

Marino, desde el lugar sin tiempo al que da paso la muerte, desde el lugar también sin tiempo de la literatura, convocó en un Parnaso celeste a muchos poetas que en su tiempo fueron alabados por el Fénix. Era una corte fabulosa con una destacada representación española y portuguesa (Portugal y España estaban políticamente unidas en 1636): Juan de Mena (*Laurel*, II; *Discurso sobre la nueva poesía*), Garcilaso (*Laurel*, IV; *Discurso...*), Fernando de Herrera (*Laurel*, II), Boscán (*Laurel*, IV), Diego Hurtado de Mendoza (*Laurel*, IV), Medrano

---

Roca y que escondía su propio nombre, y sabemos también que Agostino Rossi fue el traductor único de aquella compilación, tal como demostró Bruna Cinti en 1962, *op. cit. supra*, nota 1.

<sup>48</sup> En el impreso de 1636 se llama a la comedia «El desprecio de Lomas». A pesar de ser la edición hecha en vida del autor, nos parece más coherente el título que leemos en la del XVIII, «El desprecio de lo más», aunque no sepamos si fue llamada así por conocimiento de la obra teatral o por pura lógica. Lo cierto es que en el contexto (Vera explica la razón del título) sólo cabe la elección de la edición más tardía (Madrid, Sancha, 1779).

<sup>49</sup> Remito a nuestra tesis doctoral, *op. cit. supra*, nota 6, II, pp. 970-975. Véase también Juan Manuel Rozas, *Sobre Marino y España*, Madrid, Editora Nacional, 1978, y Dámaso Alonso, *En torno a Lope*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 15-108.

(*Laurel*, VIII), Camoes (*Laurel*, III), Jerónimo Corte-Real (*Laurel*, III), Francisco Rodrigues Lobo (*Jardín*)...

En ese ambiente tan grato a Lope, Vera incluyó las alusiones a Góngora y a los hermanos de Barbastro. Sus palabras, aunque respetuosas, están cargadas de ironía porque Marino-Roca escribía de un Góngora que hubo de crear una escuela de «poetas reformados» para saltar a la historia como cabeza precursora de algún movimiento literario y con ello salvar sus deficiencias, ya que a él le hubiese gustado brillar en el teatro como Lope. Ante este «monstruo de la naturaleza», Góngora y los Argensola hubieron de recluirse en trabajos líricos, hijos de enormes esfuerzos, mientras que en el Fénix «a pena la velocità della penna poteva seguitare l'abondanza dell'imaginativa...». En este clima aplaudía Vera ese *Nuevo Arte de hazer comedias deste tiempo* que con tanta inteligencia ha estudiado Rozas<sup>50</sup>.

El aplauso congregó en el *Raguaglio del Parnaso* a numerosos autores dramáticos (Hurtado de Velarde, Miguel Sánchez, Poyo, Gaspar Aguilar...) quienes, encabezados por Rueda, pedían que sus obras fuesen corregidas porque ellos, moradores de otra cronología, no habían podido conocer ese *Nuevo Arte* de Lope.

Esta composición en prosa sirvió a don Juan de Vera para introducir sus personales opiniones sobre el teatro y en ellas, junto a la alabanza de Lope, volvemos a encontrar la censura a las oscuridades gongorinas. Rueda, que había sido reivindicado por el Fénix como ejemplo del buen hacer dramático, suplicaba que todos los autores del género se acogiesen a la renovación del teatro propuesta por Lope. Esto mismo debía suceder con la lírica para conseguir acabar con aquella «secta de heréticos» alejados del sentir común, la escuela de Góngora con sus dificultades culteranas.

Finalicemos con el mensaje que Mercurio debía llevar a todos los poetas mencionados en la obra, una obra que fue también el colofón de una amistad nacida a orillas del Guadalquivir, la de Lope y Juan A. de Vera: «Che subito andasse in Spagna il Dio Mercurio, e notificasse a tutti li Poeti nominati, & ad ogni altro, che nuovamente si metta al pericolo del Theatro, che sopra il suo Caduceo, giurino di difendere, & osservare, ed haver per esemplare, e Tramontana per far le loro Comedie e anco ogni componimento lirico le regole, e stilo del Grande ed Insigne & Incomparabile Lope de Vega, obligandosi a vituperare nelle loro Comedie (ma senza nominarlo) ogni poeta,

<sup>50</sup> Juan Manuel Rozas, *Significado y doctrina del «Arte Nuevo» de Lope de Vega*, Madrid, SGEL, 1976. La «Parte General» de este trabajo ha sido publicada recientemente por Jesús Cañas Murillo junto a otros estudios de Rozas (p. ej., «Lope en La *Galleria* de Marino», pp. 23-67 de la *op. cit. supra*, nota 49) cumpliendo así un proyecto que el autor no pudo realizar en vida, véase Juan Manuel Rozas, *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 259-293.



che col nuovo stilo (ancorche lo chiamino culto) si allontanerà dalle regole, e stilo di questa VEGA, vero giardino de Apolo».

Era el adiós de don Juan de Vera, un adiós feliz porque sabía de una falsa muerte, sabía que con la vida no acababa siempre la memoria y de ahí ese *imposible morir con la muerte* que Lope había cantado:

*Cubrió de luto su casa  
y su patria, cuyo entierro  
será el del fénix, Señor,  
después de muerto viviendo  
en las lenguas de la fama,  
a quien conceden respeto  
la mudanza de los hombres  
y los olvidos del tiempo*<sup>51</sup>.

CARMEN FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ

---

<sup>51</sup> Lope de Vega, *El caballero de Olmedo*. Cito por la edición de Antonio Prieto, Madrid, Planeta, 1982, versos 2701-2708.